

CONSEJERA DE INVERSIONES



Orson Scott Card Lectulandia

Cuenta la historia de como Ender Wiggin conoce a la inteligencia artificial Jane y se convierte en Portavoz de los Muertos.

Aparece por primera vez en la antología *Horizontes lejanos* publicada por Robert Silverberg y después en la colección de relatos cortos de Orson Scott Card *Primeros encuentros*.

Lectulandia

Orson Scott Card

Consejera de inversiones

(Saga de Ender - s/n)

ePub r1.2

Rov 14.12.14

Título original: *Investmen Counselor*

Orson Scott Card, 1999

Traducción: Domingo Santos

Diseño de cubierta: mininogris

Editor digital: Rov

Corrección de erratas: Rubirpg, Eduardova y Algarri

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

La serie de Ender

Cuando empecé a escribir ciencia ficción concebí una serie de historias acerca de una familia con poderes mentales hereditarios, y las primeras historias que escribí tenían un fondo rural. Recibí amables cartas de rechazo pero ninguna venta. Fue Ben Bova, en *Analog*, quien me explicó por qué: ¡Parecían fantasía! Aquello me desconcertó al principio: ¿Acaso las historias de «El Pueblo» de Zenna Henderson no se consideraban ciencia ficción? Luego me di cuenta de que la auténtica distinción comercial entre ciencia ficción y fantasía es: ¡La fantasía tiene árboles, la ciencia ficción remaches!

¡Si quería vender mis historias a las revistas de ciencia ficción, tenía que escribirlas con remaches en ellas!

Por aquel entonces tenía dieciséis años y acababa de leer la trilogía *Fundación* de Isaac Asimov. Decidí que yo también deseaba escribir una historia de ciencia ficción. Por aquel entonces (1967) la guerra de Vietnam estaba en todo su apogeo, y mi hermano mayor acababa de terminar el campamento en la infantería de marina, de modo que mi mente estaba llena de cosas militares. Puse un elemento de ciencia ficción al problema del entrenamiento de la tropa: ¿cómo entrenarías a unos soldados para que lucharan en el espacio tridimensional? Recordé la novela de Nordhoff y Hall sobre los ases de la aviación de la Primera Guerra Mundial y el problema de entrenar a los pilotos a dejar de buscar a los aparatos enemigos sólo en el plano horizontal, y me di cuenta de que el problema en gravedad cero se vería enormemente complicado por la falta de un arriba y un abajo definidos. Los viejos hábitos de la vida basada en la gravedad tendrían que ser erradicados de los soldados. El resultado de mis pensamientos fue la sala de batalla, un cubo de cien metros de espacio en gravedad cero con varios obstáculos que había que superar, y en el cual equipos de reclutas realizarían falsas batallas en trajes espaciales que les mostrarían dónde y cómo un soldado era herido por el fuego «enemigo».

Y eso fue todo. Una buena idea, pensé, pero no tenía la menor noción por aquel entonces de cómo convertirlo en una historia. ¿Quién sería el héroe? ¿A dónde ir desde allí?

Años más tarde, cuando me decidí a escribir una historia de ciencia ficción llena de remaches —y, esperaba, remachable—, recordé el concepto de la sala de batalla y, en el césped fuera del Salt Palace en Salt Lake City, mientras aguardaba a un amigo que llevaba a los hijos de su jefe al circo, abrí mi bloc de notas y escribí la primera frase de una historia llamada «El juego de Ender»: «Recuerda, la puerta del enemigo está abajo.»

Lo que hizo la historia susceptible de ser escrita fue la decisión de que los reclutas de la sala de batalla podían ser niños, en un mundo futuro donde la aptitud militar podía descubrirse a edad muy temprana, y los niños eran tomados de sus padres para proporcionarles entrenamiento en táctica y estrategia mientras todavía eran lo

bastante jóvenes como para que sus mentes fueran maleables. La historia resultante fue mi primera venta de ciencia ficción, comprada por Ben Bova, y apareció en el número de agosto de 1977 de Analog (el mismo mes que mi primera historia no de ciencia ficción, «Gert Fram», aparecía en la revista Ensign de la Iglesia de los Santos del Último Día.)

Años más tarde, trabajando en un proyecto llamado La voz de los muertos, descubrí que la historia no cobraba vida hasta que me di cuenta de que el héroe de la historia tenía que ser Ender Wiggin. A fin de poner en marcha la novela La voz de los muertos, tuve que reescribir la historia original como una novela; de este modo, la novela El juego de Ender vio la existencia sólo para que pudiera escribir la novela La voz de los muertos. Nunca planeé una serie, y al contrario que muchas series, la segunda novela era un tipo de ciencia ficción completamente distinto del de la primera. En vez de una novela militar, era antropológica; y Ender era ahora un adulto con un complicado pasado oculto.

Luego un tercer proyecto, durante mucho tiempo en mis cajones, cobró vida cuando me di cuenta de que podía ser una buena secuela a La voz de los muertos..., pero esta vez el libro sería también de un tercer tipo de ciencia ficción, la novela de la especulación metafísica. Dividido finalmente en dos libros, este libro se convirtió en Ender el Xenocida e Hijos de la mente. Me atrevería a decir que no existe ninguna serie de novelas con el mismo protagonista cuyos volúmenes sean tan distintos entre sí en tema, historia y género. Y sin embargo, a través de los cuatro volúmenes, el personaje de Ender Wiggin luchaba por resolver dilemas personales y morales que se arrastraban de libro en libro.

Esos dilemas resultaban resueltos al final del cuarto libro. Tengo intención de escribir más novelas en el mismo universo (una acerca del hermano de Ender, Peter, y otra acerca de Bean, un joven compañero de Ender de la primera novela), pero la historia de Ender en sí está terminada..., excepto un pequeño hueco.

Durante los tres mil años entre El juego de Ender y La voz de los muertos, durante los cuales Ender viaja de planeta en planeta, usando la dilatación del tiempo a la velocidad de la luz para deslizarse por el tiempo sin vivir demasiado en ninguna década, adquirió de alguna forma una compañera con base cibernética llamada Jane, que sólo es superada en importancia por el propio Ender en los últimos tres libros de la serie. La historia que tienen ahora ante ustedes es el relato de cómo se conocieron.

Consejera de inversiones

Andrew Wiggin cumplió veinte años el día que llegó al planeta Sorelledolce. O más bien, después de complicados cálculos de cuántos segundos había permanecido en vuelo, y a qué porcentaje de la velocidad de la luz, y en consecuencia qué cantidad de tiempo subjetivo había transcurrido para él, llegó a la conclusión de que había pasado su veinte aniversario justo antes del final del viaje.

Esto era mucho más relevante para él que el otro hecho pertinente: que habían transcurrido cuatrocientos y pico años desde el día en que nació, allá en la Tierra, cuando la raza humana todavía no se había dispersado más allá de su sistema solar natal.

Cuando Valentine salió de la cámara de desembarco —alfabéticamente siempre iba detrás de él—, Andrew la saludó con la noticia.

—Simplemente lo imaginé —le dijo—. Tengo veinte años.

—Estupendo —dijo ella—. Ahora puedes empezar a pagar impuestos como el resto de nosotros.

Desde el final de la guerra Xenocida, Andrew había vivido de un fondo fiduciario establecido por un mundo agradecido para recompensar al comandante de las flotas que habían salvado la humanidad. Bien, estrictamente hablando, esa acción se había producido al final de la Tercera Guerra de los Insectores, cuando la gente todavía consideraba a los insectores como monstruos y a los niños que mandaron la flota como héroes. Cuando el nombre fue cambiado al de Guerra del Xenocida, la humanidad ya no estaba agradecida, y la última cosa que ningún gobierno se hubiera atrevido a hacer sería autorizar un fondo de pensión para Ender Wiggin, el perpetrador del más horrible crimen de la historia humana.

De hecho, si se hubiera sabido que existía ese fondo, se hubiera convertido en un escándalo público. Pero la flota interestelar era lenta en convertirse a la idea de que destruir a los insectores había sido una mala idea. Y así escudaron cuidadosamente el fondo fiduciario de la vista del público, dispersándolo entre muchos fondos mutualistas y acciones en muchas compañías diferentes, sin una autoridad única que controlara ninguna porción significativa del dinero. Habían conseguido hacer desaparecer el dinero con toda efectividad, y tan sólo el propio Andrew y su hermana Valentina sabían dónde estaba el dinero, o cuánto de él había.

Una cosa, sin embargo, era cierta: Según la ley, cuando Andrew alcanzara la edad subjetiva de veinte años, el status de exención de impuestos de sus capitales sería revocado. Sus ingresos empezarían a ser informados a las autoridades competentes. Andrew tendría que rellenar una declaración de impuestos cada año o cada vez que concluyera un viaje interestelar de mayor duración que un año en tiempo objetivo, y los impuestos serían anualizados y los intereses de la parte no pagada debidamente calculados.

Andrew no se preocupaba por ello.

—¿Cómo van los royalties de tu libro? —le preguntó a Valentine.

—Lo mismo que cualquier otro —respondió ella—, excepto que no se venden demasiados ejemplares, de modo que no hay mucho que pagar de impuestos.

Sólo unos cuantos minutos más tarde tuvo que tragarse sus palabras, porque cuando se sentaron ante los ordenadores de renta del astropuerto de Sorelledolce Valentine descubrió que su libro más reciente, una historia de la colonias fracasadas de Jung Calvin en el planeta Helvética, había alcanzado algo parecido a un status de culto.

—Creo que soy rica —le murmuró a Andrew.

—Yo no tengo ni idea de si soy rico o no —dijo Andrew—. No puedo conseguir que el ordenador deje de listar mis activos.

Los nombres de las compañías no dejaban de desfilar por la pantalla, la lista seguía y seguía.

—Pensé que simplemente te entregarían un cheque con lo que había en el banco cuando cumplieras los veinte años: —dijo Valentine.

—Debería tener esa suerte —dijo Andrew—. No puedo quedarme sentado aquí y aguardar esto.

—Tienes que hacerlo —dijo Valentine—. No puedes pasar la aduana sin demostrar que has pagado tus impuestos y te queda lo suficiente para mantenerte sin convertirte en una carga para los recursos públicos.

—¿Y qué ocurrirá si no tengo suficiente dinero? ¿Me enviarán de vuelta?

—No, te asignarán a un equipo de trabajo y te obligarán a ganarte tu billete de vuelta a un precio extremadamente injusto.

—¿Cómo sabes eso?

—No lo sé. Simplemente he leído un montón de historia y conozco cómo funcionan los gobiernos. Si no es eso, será algo equivalente. O te enviarán de vuelta.

—No puedo ser la única persona que ha llegado y ha descubierto que le tomará una semana descubrir cuál es su situación financiera —dijo Andrew—. Voy a buscar a alguien.

—Estaré aquí, pagando mis impuestos como un buen adulto —dijo Valentine—. Como una honesta mujer.

—Me haces avergonzarme de mí mismo —exclamó Andrew alegremente mientras se alejaba.

Benedetto echó una mirada al arrogante joven que se sentaba al otro lado de su escritorio y suspiró. Supo de inmediato que iba a ser un problema. Un joven privilegiado, llegando a un nuevo planeta, creyendo que podía obtener favores especiales de los hombres del fisco.

—¿Qué puedo hacer por usted? —preguntó..., en italiano, aunque hablaba con fluidez el estelar común y la ley decía que había que dirigirse a todos los viajeros en ese idioma a menos que se acordara mutuamente otro.

Sin intimidarse por el italiano, el joven extrajo su identificación.

—¿Andrew Wiggin? —preguntó Benedetto, incrédulo.

—¿Hay algún problema?

—¿Espera usted que crea que esta identificación es real? —Ahora hablaba en estelar común; las cosas habían quedado establecidas.

—¿Debería?

—¿Andrew Wiggin? ¿Piensa usted que este es un lugar tan atrasado que no sabemos reconocer el nombre de Ender el Xenocida?

—¿Es un delito tener el mismo nombre que un criminal? —preguntó Andrew.

—Presentar una identificación falsa sí lo es.

—Si estuviera usando una identificación falsa, ¿sería tan listo o tan estúpido como para usar un nombre como Andrew Wiggin? —preguntó Andrew.

—Tan estúpido —admitió a regañadientes Benedetto.

—Entonces partamos de la suposición de que soy listo, pero también de que me siento atormentado por haber crecido con el nombre de Ender el Xenocida. ¿Va a considerarme psicológicamente no apto debido a los desequilibrios que estos traumas me han causado?

—No pertenezco a aduanas —dijo Benedetto—. Pertenezco a impuestos.

—Lo sé. Pero parecía usted preternaturalmente absorto por la cuestión de la identidad, de modo que pensé que o bien era un espía de aduanas o un filósofo, ¿y quién soy yo para negar la curiosidad de cualquiera de los dos?

Benedetto odiaba a los chicos listos y bocazas.

—¿Qué es lo que desea?

—Me he encontrado con que mi situación fiscal es complicada. Esta es la primera vez que tengo de pagar impuestos, tengo un fondo fiduciario, y ni siquiera sé cuáles son mis activos. Me gustaría obtener un aplazamiento en el pago de mis impuestos hasta que pueda aclararlo todo.

—Denegado —dijo Benedetto.

—¿Simplemente así?

—Simplemente así —confirmó Benedetto. Andrew permaneció sentado allí unos instantes.

—¿Puedo ayudarle en alguna otra cosa? —preguntó Benedetto.

—¿Hay alguna forma de apelar?

—Sí —dijo Benedetto—. Pero primero tiene que pagar sus impuestos para poder apelar.

—Tengo intención de pagar mis impuestos —dijo Andrew—. Simplemente va a tomarme un tiempo poder hacerlo, y creo que haré un mejor trabajo con mi propio ordenador y en mi propio apartamento antes que en los ordenadores públicos aquí en el astropuerto.

—¿Temeroso de que alguien mire por encima de su hombro? —preguntó Benedetto—. ¿De que sepa cuánto le dejó su abuela?

—Sería agradable un poco más de intimidación, sí —dijo Andrew.

—Permiso para salir de aquí sin pagar denegado.

—De acuerdo pues, entonces libere mis fondos líquidos para que pueda pagar para permanecer aquí y calcular mis impuestos.

—Tuvo todo su vuelo para hacerlo.

—Mi dinero ha estado siempre en un fondo fiduciario. Nunca supuse lo complicados que eran mis activos.

—Supongo que se da cuenta usted de que si sigue contándome estas cosas me partirá el corazón y voy a salir llorando de esta habitación —dijo tranquilamente Benedetto.

El joven suspiró.

—No estoy seguro de lo que quiere usted que haga.

—Pagar sus impuestos como cualquier otro ciudadano.

—No tengo forma de obtener mi dinero hasta que pague mis impuestos —dijo Andrew—. Y no tengo forma de mantenerme mientras calculo mis impuestos a menos que me entregue usted algunos fondos.

—Creo que hubiera debido pensar usted en eso antes, ¿no? —dijo Benedetto. Andrew miró la oficina a su alrededor.

—En ese cartel dice que usted me ayudará a llenar mi formulario de impuestos.

—Sí.

—Ayúdeme.

—Muéstreme el formulario.

Andrew le dirigió una extraña mirada.

—¿Cómo puedo mostrárselo?

—Sáquelo del ordenador de aquí. —Benedetto hizo girar su ordenador en su escritorio, ofreciendo el lado del teclado a Andrew.

Andrew contempló los blancos en el formulario exhibido en la pantalla encima del ordenador, y tecleó su nombre y su código de identificación fiscal, luego su código de identificación personal. Benedetto miró significativamente hacia otro lado mientras tecleaba el código, aunque su software estaba registrando cada pulsación que entraba el joven. Una vez se hubiera ido, Benedetto tendría pleno acceso a todos sus registros y todos sus fondos. Lo mejor para ayudarle con sus impuestos, por supuesto.

La pantalla empezó a desfilarse.

—¿Qué ha hecho usted? —preguntó Benedetto. Las palabras aparecían por el fondo de la pantalla, mientras la parte superior de la página se deslizaba fuera de la vista, ascendiendo de forma cada vez más apretada. Puesto que no había paginación, Benedetto sabía que aquella larga lista de información aparecía tal como era siendo llamada por una simple pregunta en el formulario. Hizo girar el ordenador para poder ver. La lista consistía en los nombres y códigos bursátiles de compañías y fondos mutualistas, junto con números de acciones.

—Ya ve usted mi problema —dijo el joven.

La lista seguía y seguía. Benedetto adelantó una mano y pulsó varias teclas en rápida combinación. La lista se detuvo.

—Tiene usted un gran número de activos —dijo suavemente.

—Pero yo no lo sabía —dijo Andrew—. Quiero decir, sabía que los fideicomisarios lo habían diversificado hace algún tiempo, pero no tenía ni idea de hasta qué punto. Simplemente extraía una asignación cada vez que estaba en un planeta, y puesto que se trataba de una pensión del gobierno libre de impuestos nunca tuve que preocuparme por ello.

Así que quizá aquellos ojos inocentes muy abiertos no fueran una mera actuación. A Benedetto empezó a disgustarle un poco menos. De hecho, empezó a sentir los primeros temblores de una auténtica amistad. Este muchacho iba a convertir a Benedetto en un hombre rico sin siquiera saberlo. Benedetto podría retirarse incluso del servicio de impuestos. Sólo estas acciones de la última compañía de la interrumpida lista, Enzichel Vinicenze, un conglomerado con extensas propiedades en Sorelledolce, valían lo suficiente para Benedetto como para comprarse una propiedad en el campo y mantener sirvientes para el resto de su vida. Y la lista se había detenido en la Es.

—Interesante —dijo.

—¿Qué le parece? —dijo el joven—. Acabo de cumplir los veinte en el último año de mi viaje. Hasta entonces, mis ganancias estaban todavía libres de impuestos, y tenía derecho a ellas sin tener que pagar nada. Libere algunos de mis fondos, y luego déme unas semanas para conseguir algún experto que me ayude a analizar el resto de ello, y entonces entregaré mis formularios de impuestos.

—Excelente idea —dijo Benedetto—. ¿Dónde están estos fondos líquidos?

—En el Catalonian Exchange Bank —dijo Andrew.

—¿Número de cuenta?

—Todo lo que necesita usted es liberar los fondos a mi nombre —dijo Andrew—. No necesita el número de cuenta.

Benedetto no presionó sobre aquello. No necesitaba hurgar en el mezquino dinero en efectivo del muchacho. No con la veta madre aguardándole para poder saquearla a voluntad antes incluso de que el muchacho pudiera llegar a las oficinas de un especialista en impuestos. Tecleó la información necesaria e imprimió el formulario. También le entregó a Andrew Wiggin un pase por treinta días, concediéndole total libertad en Sorelledolce en tanto que se presentaría diariamente en el servicio de impuestos y entregara el formulario completo y pagara los impuestos estimados dentro del período de treinta días, y prometiera no abandonar el planeta hasta que su declaración de impuestos fuera evaluada y confirmada.

El procedimiento operativo estándar. El joven le dio las gracias —esa era la parte que a Benedetto siempre le gustaba, cuando esos ricos idiotas le daban las gracias por mentirles y extraer invisibles sobornos de sus cuentas— y luego abandonó la oficina.

Tan pronto como se hubo marchado, Benedetto limpió la pantalla y llamó a su

programa husmeador para que le diera el código de identificación del joven. Aguardó. El programa husmeador no apareció. Llamó a su lista de programas en activo, comprobó la lista oculta, y descubrió que el programa husmeador no estaba en la lista. Absurdo. Siempre había funcionado. Sólo que ahora no lo hacía. Y de hecho había desaparecido de la memoria.

Utilizando su versión del prohibido programa Depredador, buscó la signatura electrónica del programa husmeador y halló un par de sus archivos temporales. Pero ninguno contenía ninguna información útil, y el programa husmeador en sí había desaparecido por completo. Como tampoco, cuando intentó volver al formulario que Andrew Wiggin había creado, consiguió traerlo de vuelta. Debería de estar allí, con la lista de activos del joven intacta, de modo que Benedetto pudiera pasar manualmente algunas de las acciones y fondos, había cantidad de formas de saquearlos, incluso cuando no se podía obtener la contraseña desde su husmeador. Pero el formulario estaba en blanco. Todos los nombres de las compañías habían desaparecido.

¿Qué había ocurrido? ¿Cómo podían aquellas dos cosas ir mal al mismo tiempo?

No importaba. La lista era tan larga que debía de haber pasado por el búfer. Depredador podría encontrarla.

Sólo que ahora el Depredador no respondía. Tampoco estaba en memoria. ¡Lo había usado hacía sólo un momento! Esto era imposible. Esto era...

¿Cómo podía el muchacho haber introducido un virus en su sistema simplemente entrando información fiscal? ¿Podía estar metido de alguna forma en el nombre de alguna compañía? Benedetto era un usuario de software ilegal, no un diseñador; pero pese a todo nunca había oído hablar de nada que pudiera entrar a través de datos no infectados, a través de la seguridad del sistema fiscal.

Este Andrew Wiggin tenía que ser alguna especie de espía. Sorelledolce era uno de los últimos reductos que se oponía a la completa federación con el Congreso de las Rutas Estelares..., tenía que ser un espía del Congreso enviado para intentar subvertir la independencia de Sorelledolce.

Sólo que eso era absurdo. Un espía acudiría preparado para someter su declaración de impuestos, pagar, y seguir adelante. Un espía no haría nada que llamara la atención sobre sí mismo.

Tenía que haber *alguna* explicación. Benedetto iba a conseguirla. Fuera quien fuese ese Andrew Wiggin, Benedetto no iba a dejarse timar respecto a la parte que le correspondía de la riqueza del muchacho. Había aguardado mucho tiempo algo como esto, y sólo porque ese muchacho Wiggin tuviera algún curioso software de seguridad eso no quería decir que Benedetto no encontrara una forma de meter sus manos en lo que era suyo por derecho.

Andrew estaba todavía un poco acalorado cuando él y Valentine salieron del astropuerto. Sorelledolce era una de las colonias más nuevas, sólo un centenar de años de antigüedad, pero su status como planeta asociado significaba que un montón de negocios oscuros e irregulares habían emigrado allí, trayendo consigo pleno

empleo, muchas oportunidades, y un florecimiento que hacía que el caminar de todo el mundo pareciera más vigoroso..., y los ojos de todo el mundo parecieran mirar constantemente por encima del hombro. Las naves llegaban llenas de gente y se marchaban llenas de carga, de tal modo que la población de la colonia se estaba acercando a los cuatro millones y la de la capital, Donnabella, rebasaba el millón.

La arquitectura era una extraña mezcla de cabañas de troncos y plástico prefabricado. Sin embargo no podías distinguir la edad de un edificio por eso: ambos materiales habían coexistido desde un principio. La flora nativa era la jungla de heléchos, y la fauna —dominada por lagartos sin patas— era de proporciones dinosaurias, pero los asentamientos humanos eran seguros, y los cultivos producían tanto que la mitad de las tierras podían dedicarse a cosechas de choque para la exportación, algunas legales para textiles y otras ilegales para ingestión. Sin mencionar el comercio de las enormes y multicolores pieles de serpiente usadas como tapices y revestimientos para techos en todos los mundos gobernados por el Congreso de las Rutas Estelares. Más de un grupo de caza entraba en la jungla y regresaba un mes más tarde con cincuenta pieles, las suficientes para que los supervivientes se retiraran en medio del lujo. Más de un grupo de caza entraba en la jungla, sin embargo, para no volver a ser visto nunca. El único consuelo, según los bromistas locales, era que la bioquímica era lo bastante distinta como para que cualquier serpiente que devorara a un humano sufriera diarrea durante una semana. No era una venganza, pero ayudaba.

Se levantaban constantemente nuevos edificios, pero no podían atender toda la demanda, y Andrew y Valentine tuvieron que pasar todo un día buscando antes de encontrar una habitación que pudieran compartir. Pero su nuevo compañero de habitación, un cazador abisinio de enorme fortuna, prometió que tendría su expedición lista y partiría de caza dentro de unos pocos días, y todo lo que pedía era que vigilaran sus cosas hasta que regresara..., o no lo hiciera.

—¿Cómo sabremos cuándo no ha regresado? —preguntó Valentine, siempre la mujer práctica.

—Las mujeres llorando en el barrio libio —respondió el hombre.

La primera acción de Andrew fue conectarse a la red con su propio ordenador, a fin de poder estudiar con comodidad sus recién descubiertos activos. Valentine tuvo que ocupar sus primeros días con un enorme volumen de correspondencia suscitado por su último libro, además de la normal cantidad de correo que había recibido de historiadores de todos los mundos colonizados. La mayoría lo marcó para responder más tarde, pero sólo los mensajes urgentes le tomaron tres largos días. Por supuesto, la gente que le escribía no tenía ni idea de que se comunicaban con una mujer joven de unos veinticinco años (edad subjetiva). Pensaban que se comunicaban con el conocido historiador Demóstenes. No era que nadie pensara ni por un momento que el nombre era algo más que un seudónimo; y algunos periodistas, respondiendo a su primera oleada de fama con su último libro, habían intentado identificar al «auténtico

Demóstenes» rastreando sus largas andanadas de lentas respuestas o no respuestas al compás de sus viajes, y luego elaborando a partir de las listas de pasajeros un posible candidato. Eso requería una enorme cantidad de cálculo, pero ¿para qué estaban los ordenadores, si no? Así que varios hombres con varios grados de erudición fueron acusados de ser Demóstenes, y algunos no intentaron demasiado seriamente negarlo.

Todo esto divertía enormemente a Valentine. Mientras los cheques de los royalties siguieran llegando al lugar correcto y nadie intentara colar un libro utilizando su seudónimo, no le importaba en absoluto quien quisiera atribuirse el mérito. Había trabajado con seudónimo —este seudónimo, en realidad— desde la infancia, y se sentía cómoda con esa extraña mezcla de fama y anonimato. Lo mejor de ambos mundos, le decía a Andrew.

Ella tenía fama, él tenía notoriedad. Así que no usaba seudónimo..., todo el mundo suponía simplemente que su nombre era un horrible faux pas por parte de sus padres. Nadie llamado Wiggin tendría el atrevimiento de bautizar a su hijo Andrew, no después de que lo hiciera el Xenocida, eso al menos era lo que parecían creer. A los veinte años, era impensable que este joven pudiera ser el mismo Andrew Wiggin. No habían tenido forma de saberlo durante los últimos tres siglos, él y Valentine habían ido de mundo en mundo sólo el tiempo suficiente para que ella hallara la siguiente historia que deseaba investigar, reunir los materiales y luego tomar la siguiente astronave para poder escribir el libro mientras viajaban hacia el siguiente planeta. Debido a los efectos relativistas, apenas habían perdido dos años de vida en los últimos trescientos de tiempo real. Valentine se sumergía profunda y brillantemente —¿quién podía dudarlo, visto lo que escribía?— en cada cultura, pero Andrew se mantenía como un turista. O menos. Ayudaba a Valentine con su investigación y jugueteaba un poco con los lenguajes, pero casi no hacía amigos y permanecía distanciado de los lugares. Ella deseaba saberlo todo; él deseaba no amar a nadie.

O eso creía, cuando pensaba en ello. Era solitario, pero se decía a sí mismo que le alegraba ser solitario, que Valentine era toda la compañía que necesitaba, mientras que ella, que necesitaba más, tenía a toda la gente a la que conocía a través de sus investigaciones, toda la gente con la que mantenía correspondencia.

Inmediatamente después de la guerra, cuando todavía era Ender, cuando todavía era un niño, algunos de los otros niños que habían servido con él le escribieron cartas. Puesto que era el primero de ellos en viajar a la velocidad de la luz, sin embargo, la correspondencia cesó pronto, porque cuando recibía una carta y la contestaba, él era cinco, diez años más joven que ellos. El que había sido su líder era ahora un niño pequeño. Exactamente el niño que habían conocido, al que habían buscado; pero por sus vidas habían pasado los años. La mayoría de ellos se habían visto atrapados en las guerras que desgarraron la Tierra en la década siguiente a la victoria sobre los insectores, habían crecido hasta la madurez en el combate o la política. Cuando recibieron la carta de respuesta de Ender a la suya, empezaron a pensar en aquellos

viejos días como en historia antigua, otra vida. Y ahí estaba aquella voz del pasado, respondiendo al niño que le había escrito, sólo que ese niño ya no estaba ahí. Algunos de ellos lloraron encima de la carta, recordando a su amigo, lamentándose de que sólo a él no se le hubiera permitido volver a la Tierra tras la victoria. Pero ¿cómo podían responderle? ¿Hasta qué punto podían tocarse sus vidas?

Más tarde, la mayoría de ellos volaron a otros mundos, mientras Ender servía como gobernador-niño de una colonia en uno de los mundos colonia conquistados a los insectores. Llegó a la madurez en aquel ambiente bucólico y, cuando estuvo preparado, fue guiado al encuentro con la última reina de la colmena superviviente, que le contó su historia y le suplicó que la llevara a un lugar seguro, donde su pueblo pudiera ser restablecido. Él le prometió que lo haría, y como primer paso hacia crear un mundo seguro para ella escribió un corto libro sobre ella, titulado *La reina de la colmena*. Lo publicó anónimamente..., a sugerencia de Valentine. Lo firmó «El portavoz de los muertos».

No tenía ni idea de lo que ese libro iba a hacer, cómo iba a transformar la percepción de la humanidad sobre la Guerra de los Insectores. Fue ese libro el que lo transformó del niño-héroe al niño-monstruo, de la víctima en la Tercera Guerra de los Insectores al Xenocida que destruyó otra especie de forma completamente innecesaria. No fue que lo demonizaran desde un principio. Fue un proceso gradual, paso a paso. Primero sintieron piedad, hacia el niño que había sido manipulado para que usara su genio para destruir a la reina de la colmena. Luego su nombre empezó a ser usado para designar a cualquiera que hacía cosas monstruosas sin comprender lo que estaba haciendo. Y luego su nombre —popularizado como Ender el Xenocida— se convirtió para designar a alguien que hace lo desmedido a una escala monstruosa. Andrew comprendía cómo había ocurrido, y ni siquiera lo desaprobaba. Porque nadie podía culparle más de lo que él se culpaba a sí mismo. Sabía que no había conocido la verdad, pero sabía que hubiera debido conocerla, y que aunque no hubiera tenido intención de que las reinas de las colmenas fueran destruidas, toda la especie de un solo golpe, ese había sido pese a todo el efecto de sus acciones. Hizo lo que hizo, y tenía que aceptar su responsabilidad.

Lo cual incluía el capullo en el cual la reina de la colmena viajaba con él, seca y envuelta como una reliquia de la familia. Tenía privilegios y autorizaciones que todavía se adherían a él de su antiguo status con los militares, de modo que su equipaje nunca era inspeccionado. O al menos no había sido inspeccionado hasta ahora. Su encuentro con el hombre de los impuestos Benedetto era la primera señal de que las cosas podían ser diferentes para él como adulto.

Diferentes, pero no lo bastante diferentes. Ya arrastraba el peso de la destrucción de una especie. Ahora arrastraba el peso de su salvación, su restauración. ¿Cómo podía él, un muchacho de veinte años, apenas un hombre, hallar un lugar donde la reina de la colmena pudiera emerger y depositar sus huevos fertilizados, donde ningún ser humano pudiera descubrirla e interferir? ¿Cómo podía protegerla?

El dinero podía ser la respuesta. A juzgar por la forma en que se abrieron los ojos de Benedetto cuando vio la lista de los activos de Andrew, debía de tener un buen montón de dinero. Y Andrew sabía que el dinero podía convertirse en poder, entre otras cosas. Poder, quizá, para comprar seguridad para la reina de la colmena.

Es decir, si podía imaginar cuánto dinero era, y cuántos impuestos tenía que pagar.

Sabía que había expertos en este tipo de cosas. Abogados y contables para quienes eso era una especialidad. Pero pensó de nuevo en los ojos de Benedetto. Andrew conocía la avaricia cuando la veía. Cualquiera que supiese de él y de su aparente riqueza podía empezar a intentar hallar formas de apoderarse de parte de ella. Andrew sabía que el dinero no era suyo. Era dinero ensangrentado, su recompensa por destruir a los insectores. Necesitaba utilizarlo para restablecerlos antes de que cualquiera de los demás pudiera reclamarlo como suyo. ¿Cómo podía hallar a alguien que le ayudase sin abrir la puerta que dejara entrar a los chacales?

Discutió esto con Valentine, y ella le prometió preguntar entre sus conocidos allí (porque tenía conocidos por todas partes, a través de su correspondencia) en quién se podía confiar. La respuesta llegó rápidamente: nadie. Si tienes una gran fortuna y deseas a alguien que te ayude a protegerla, Sorelledolce no era el lugar más adecuado.

Así, Andrew estudió día tras día leyes fiscales durante una hora o dos y luego, durante otras cuantas horas, intentó evaluar sus activos y analizarlos desde un punto de vista fiscal. Era un trabajo aturdidor, y cada vez que creía comprender algo empezaba a sospechar que había algún detalle que se le escapaba, algún truco que necesitaba conocer para conseguir que las cosas funcionaran para él. El lenguaje en un párrafo que parecía carecer de importancia gravitaba de pronto enormemente, y tenía que volver atrás y estudiarlo y ver cómo creaba una excepción a una regla que creía que se aplicaba a él. Al mismo tiempo, había exenciones especiales que se aplicaban sólo a casos especiales y a veces sólo a una compañía, pero casi invariablemente tenía algunos acciones en esa compañía, o era propietario de acciones de un fondo que tenía intereses en ella. No era asunto de un mes de estudio, era toda una carrera, simplemente rastrear lo que poseía. Podía acumularse una gran riqueza en cuatrocientos años, en especial si no gastas prácticamente nada de ella. Cualquier porción de su asignación que hubiera usado cada año quedaba superada por las nuevas inversiones. Sin siquiera saberlo, le parecía que tenía el dedo metido en todos los pasteles.

No quería esto. No le interesaba. Cuanto más comprendía menos le importaba. Estaba llegando al punto en el que no comprendía por qué los especialistas fiscales simplemente no se suicidaban.

Fue entonces cuando apareció el anuncio en su *e-mail*. No se suponía que recibiera publicidad: los viajeros interestelares estaban automáticamente más allá de todos los publicistas, puesto que el dinero de la publicidad se malgastaba durante su

viaje, y el montón de viejos anuncios los abrumaría cuando alcanzaran terreno sólido. Andrew estaba en terreno sólido ahora, pero no había gastado nada, excepto para subarrendar una habitación y comprar comida, y se suponía que ninguna de esas dos actividades lo ponía en la lista de nadie.

Sin embargo, ahí estaba: ¡El software financiero de élite! ¡La respuesta que está usted buscando!

Era como los horóscopos: los suficientes tiros al azar, y alguno de ellos alcanzará un blanco. Así que en vez de borrar el anuncio, lo abrió y dejó que creara su pequeña presentación tridi en su ordenador.

Había observado algunos de los anuncios que brotaban del ordenador de Valentine: su correspondencia era tan voluminosa que no había ninguna posibilidad de evitarlos, al menos no bajo su identidad pública de Demóstenes. Estaban llenos de fuegos artificiales y piezas teatrales, sorprendentes efectos especiales o dramas emocionantes pensados para vender cualquier cosa que pudiera venderse.

Este, sin embargo, era sencillo. Una cabeza de mujer apareció en la pantalla, pero mirando hacia otro lado. Giró la vista, como buscando, hasta que finalmente «vio» a Andrew.

—Oh, está usted aquí —dijo.

Andrew no dijo nada, esperando que continuara.

—Bueno, ¿no va a responderme? —preguntó ella.

Un buen software, pensó Andrew. Pero muy arriesgado, suponer que todos los receptores no van a responder al primer momento.

—Oh, ya veo —dijo la mujer—. Cree que sólo soy un programa ejecutándose en su ordenador. Pero no es así. Soy la amiga y consejera financiera que ha estado deseando, pero no trabajo por dinero, trabajo para usted. Tiene que hablar conmigo a fin de que yo pueda comprender lo que desea hacer usted con su dinero, qué quiere lograr. Tengo que oír su voz. Pero a Andrew no le gustaba jugar con programas de ordenador. Tampoco le gustaba el teatro de participación. Valentine lo había arrastrado a un par de espectáculos donde los actores intentaban enganchar a la audiencia. En una ocasión un mago había intentado utilizar a Andrew en su acto, hallando objetos ocultos en sus orejas y pelo y chaqueta. Pero Andrew mantuvo su rostro inexpresivo y no hizo ningún movimiento, no dio la menor señal de comprender siquiera lo que estaba ocurriendo, hasta que el mago captó finalmente la idea y buscó a otro. Lo que Andrew no haría por un ser vivo no lo haría ciertamente para un programa de ordenador. Pulsó la tecla Página para pasar la introducción de aquella cabeza parlante.

—¡Ay! —dijo la mujer—. ¿Qué intenta hacer, librarse de mí?

—Sí —dijo Andrew. Y se maldijo por haber sucumbido al truco. Aquella simulación era tan astutamente real que finalmente había provocado su respuesta por reflejo.

—Suerte que *usted* no tiene una tecla de Página. ¿Tiene idea de lo doloroso que es

eso?

Sin mencionar lo humillante.

Tras haber hablado una vez, no había ninguna razón para no seguir adelante y usar el interface preferido de aquel programa.

—Oh, vamos, ¿cómo puedo sacarla de mi monitor para poder volver a las minas de sal? —preguntó Andrew. Habló deliberadamente de una forma fluida y un tanto confusa, sabiendo que incluso el más elaborado software de reconocimiento de voz se hacía pedazos cuando se enfrentaba con un habla acentuada, confusa y muy idiomática.

—Tiene usted acciones en dos minas de sal —dijo la mujer—. Pero ambas son inversiones a pérdidas. Necesita librarse de ellas.

Aquello irritó a Andrew.

—No le he asignado ningún archivo para que lo lea —dijo—. Ni siquiera he comprado todavía este software. No quiero que lea mis archivos. ¿Qué debo hacer para apagarla?

—Pero si liquida las minas de sal, puede usar el producto de la venta para pagar sus impuestos. Cubre casi exactamente el importe de un año.

—¿Me está diciendo que ha calculado ya mis impuestos?

—Acaba de aterrizar usted en el planeta Sorelledolce, donde la tasa de impuestos es desmedidamente alta. Pero usando todas las exenciones que aún le quedan, incluidas las leyes de beneficios a los veteranos que sólo se aplican a un puñado de participantes de la Guerra del Xenocida, he conseguido mantener el importe total por debajo de los cinco millones.

Andrew se echó a reír.

—Oh, brillante, ni siquiera mi cifra más pesimista superaba el millón y medio. Ahora fue el turno de la mujer de echarse a reír.

—Su cifra era de un millón y medio de estelares. Mi cifra está por debajo de los cinco millones de firenzette.

Andrew calculó la diferencia en moneda local y su sonrisa se desvaneció.

—Eso hace siete mil estelares.

—Siete mil cuatrocientos diez —dijo la mujer—. ¿Me contrata?

—No hay ninguna forma legal de que pueda usted conseguir que pague esto de impuestos.

—Al contrario, señor Wiggin. Las leyes fiscales están diseñadas para engañar a la gente y hacer que pague más de lo que debe. De esa forma los ricos que conocen el asunto se aprovechan de las drásticas deducciones, mientras que aquellos que no poseen buenas conexiones y no han encontrado un asesor que sepa seguir todos esos vericuetos se ven obligados a pagar cantidades ridículamente altas. Yo conozco todos esos vericuetos.

—Un gran discurso —dijo Andrew—. Muy convincente. Excepto cuando la policía venga y me arreste.

—¿Eso cree usted, señor Wiggin?

—Si me está obligando a usar un interface verbal —dijo Andrew—, al menos llámeme otra cosa distinta a señor.

—¿Qué tal Andrew? —preguntó ella.

—Espléndido.

—Y usted puede llamarme Jane.

—¿Debo?

—O yo puedo llamarle Ender —dijo ella.

Andrew se inmovilizó. No había nada en sus archivos que indicara su apodo de infancia.

—Termine este programa y salga inmediatamente de mi ordenador —dijo.

—Como usted quiera —respondió ella. Su cabeza desapareció de la pantalla.

Buen consejo, pensó Andrew. Si presentaba una declaración de impuestos con aquella cantidad a Benedetto, no había ninguna posibilidad de evitar una auditoría completa, y por la forma en que Andrew había evaluado al hombre, Benedetto terminaría con un buen mordisco de los activos de Andrew en su poder. No era que a Andrew le importara un poco de iniciativa en un hombre, pero tenía la sensación de que Benedetto no sabía cuándo decir alto. No necesitaba exhibir una bandera roja delante de su rostro.

Pero a medida que trabajaba, empezó a desear no haberse apresurado tanto. Ese software Jane podía haber extraído el nombre «Ender» de su base de datos como un apodo de Andrew. Aunque era extraño que eligiera ese nombre antes que otras elecciones más obvias como Drew o Andy, era paranoico por su parte imaginar que una pieza de software que había entrado por el *e-mail* en su ordenador —sin duda una versión de prueba de un programa mucho más amplio— pudiera haber sabido tan rápidamente que él era en realidad el Andrew Wiggin.

Simplemente había dicho y hecho lo que estaba programada para decir y hacer. Quizás elegir el apodo menos probable fuera una estrategia para conseguir que el cliente potencial diera el apodo correcto, lo cual significaría la aprobación tácita para usarlo..., otro paso más hacia la decisión de comprar.

¿Y si aquella cifra baja, baja de impuestos fuera correcta? ¿Y qué ocurriría si él podía forzarla a una cifra más razonable? Si el software estaba completamente escrito, podía ser exactamente el consejero financiero y de inversiones que necesitaba. Ciertamente, había hallado con toda facilidad las dos minas de sal, a partir de una forma de hablar de su infancia en la Tierra. Y su valor de venta, cuando siguió adelante y las liquidó, fue exactamente el que ella había predicho.

El que *el software* había predicho. El rostro de aspecto humano en el monitor era ciertamente un buen truco, para personalizar el software y conseguir que empezara a pensar en él como en una persona. Podías enviar a la mierda a una pieza de software, pero sería rudo hacerlo con una persona.

Bueno, con él no había funcionado. Él la *había* enviado a la mierda. Y lo haría de

nuevo, si sentía la necesidad. Pero en estos momentos, con sólo dos semanas por delante de la fecha límite, pensó que valdría la pena aceptar la irritación de una intrusa mujer virtual. Quizá pudiera reconfigurar el software para comunicarse con él sólo en modo texto, como prefería.

Fue a su *e-mail* y llamó al anuncio. Esta vez, sin embargo, todo lo que apareció fue el mensaje estándar: «Archivo ya no disponible».

Se maldijo a sí mismo. No tenía la menor idea del planeta de origen. Mantener un enlace a través del ansible era caro. Una vez cerrado el programa demo, se dejaba morir el enlace..., no servía de nada gastar un precioso enlace interestelar en un cliente que no compraba al instante. Oh, demonios. Ya no podía hacer nada al respecto.

Benedetto descubrió que el proyecto le llevaba casi más tiempo de lo que valía, rastrear hacia atrás a aquel tipo para descubrir con quién trabajaba. No resultó fácil seguirle de viaje en viaje. Todos sus vuelos eran especiales, clasificados —de nuevo prueba de que trabajaba con alguna rama de algún gobierno—, y encontró el viaje anterior a este sólo por accidente. Pronto, sin embargo, se dio cuenta de que si rastreaba a su amante o hermana o secretaria o lo que fuera aquella mujer Valentine, las cosas serían mucho más fáciles.

Lo que más le sorprendió fue el breve tiempo que permanecían en cualquier lugar. Con sólo unos pocos viajes, Benedetto los había rastreado hacia atrás trescientos años, hasta el alba misma de la era de la colonización, y por primera vez se le ocurrió que no era inconcebible que aquel Andrew Wiggin pudiera ser el auténtico...

No, no. Todavía no podía permitirse creer en ello. Pero si fuera cierto, si fuera realmente el criminal de guerra que...

Las posibilidades de chantaje eran abrumadoras.

¿Cómo era posible que nadie hubiera efectuado aquella obvia investigación sobre Andrew y Valentine Wiggin? ¿O estaban pagando ya a chantajistas en varios mundos?

¿O estaban todos los chantajistas muertos? Tendría que ir con cuidado. La gente con tanto dinero tenía invariablemente amigos poderosos. Benedetto tendría que encontrar amigos propios para protegerse cuando pusiera en marcha su nuevo plan.

Valentine se lo mostró a Andrew como una curiosidad.

—He oído hablar de ello antes, pero esta es la primera vez que he estado lo bastante cerca como para asistir a uno. —Era un anuncio local en la red de noticias de una «charla» para un hombre muerto.

Andrew nunca se había sentido cómodo con la forma en que su seudónimo, «Portavoz de los Muertos», había sido tomado por otros y convertido en el título de

un casi clérigo de una nueva religión que proclamaba la verdad. No había doctrina, así que la gente de casi cualquier fe podía invitar a un portavoz de los muertos para que tomara parte en unos servicios funerarios regulares, o para dar una charla separada después —a veces mucho después— de que el cuerpo hubiera sido enterrado o incinerado.

Ese actuar como portavoz de los muertos no surgió sin embargo de su libro *La reina de la colmena*. Fue el segundo libro de Andrew, *El Hegemon*, lo que trajo a la existencia esa nueva costumbre funeraria. El hermano de Andrew y de Valentine, Peter, se habían convertido en hegemon tras las guerras civiles y a través de una mezcla de hábil diplomacia y fuerza bruta que había unido a toda la Tierra bajo un único y poderoso gobierno. Demostró ser un déspota ilustrado, y estableció instituciones que compartirían la autoridad en el futuro; y fue bajo el gobierno de Peter que se emprendió el importante asunto de la colonización de otros planetas. Sin embargo, desde su infancia, Peter había sido cruel y poco compasivo, y Andrew y Valentine le temían. De hecho, fue Peter quien arregló las cosas de modo que Andrew no pudiera regresar a la Tierra tras su victoria en la Tercera Guerra de los Insectores. Así que resultaba difícil para Andrew no odiarle.

Por eso había investigado y escrito *El Hegemon*: para intentar hallar la verdad del hombre detrás de las manipulaciones y las masacres de los horribles recuerdos infantiles. El resultado fue una implacablemente justa biografía que medía al hombre y no ocultaba nada. Puesto que el libro estaba firmado con el mismo nombre que *La reina de la colmena*, que ya había cambiado actitudes hacia los insectores, obtuvo una gran atención y finalmente dio nacimiento a esos portavoces de los muertos, que intentaban traer el mismo nivel de sinceridad a los funerales de otros fallecidos, algunos prominentes, algunos oscuros. Hablaban de las muertes de héroes y gente poderosa, mostrando con toda claridad el precio que ellos y otros pagaban por su éxito; de alcohólicos y abusadores que habían arruinado las vidas de sus familias, intentando mostrar al ser humano detrás de la adicción, pero sin ahorrar nunca la verdad del daño que causaba la debilidad. Andrew se había acostumbrado a la idea de que esas cosas se hacían en nombre del portavoz de los muertos, pero nunca había asistido a ninguna, y como Valentine esperaba, saltó a la posibilidad de hacerlo ahora, pese a que no tenía tiempo.

No sabían nada acerca del muerto, aunque el hecho de que el acto recibiera muy poca atención pública sugería que no era muy conocido. Por supuesto, el acto se celebró en una pequeña sala pública de un hotel, y sólo asistieron un par de docenas de personas. No había ningún cadáver presente, al parecer el fallecido ya había sido enterrado. Andrew intentó adivinar las identidades de las demás personas en la estancia. ¿Era esta la viuda? ¿Esa otra la hija? ¿O era la más anciana la madre, la más joven la viuda? ¿Eran esos sus hijos? ¿Amigos?

¿Compañeros de trabajo?

El portavoz vestía simplemente y no se daba aires. Fue hacia la parte delantera de

la habitación y empezó a hablar, contando de forma sencilla la vida del hombre. No era una biografía, no había tiempo para tal nivel de detalle. Más bien era como una saga, que relataba los hechos importantes de la vida del hombre, pero juzgando los que eran importantes no por el grado de notoriedad, sino por la profundidad y el aliento de sus efectos en las vidas de los demás. Así, su decisión de construir una casa que no podía permitirse en un barrio lleno de gente muy por encima de su nivel de ingresos nunca hubiera merecido la atención pública, pero riñó las vidas de sus hijos mientras crecían, obligándoles a enfrentarse a gente que los miraba por encima del hombro. También llenó su propia vida de ansiedad sobre sus finanzas. Trabajó hasta la muerte, pagando la casa. Lo hizo «por los hijos», pero todos ellos hubieran deseado poder criarse con gente que no les juzgara por su falta de dinero, que no les considerara unos trepadores. Su esposa se vio aislada en un vecindario donde no tenía amigas, y él llevaba menos de un día muerto cuando puso en venta la casa; ya se había trasladado a otro lugar.

Pero el portavoz no se detuvo allí. Siguió hablando acerca de cómo la obsesión del muerto hacia su casa, hacia situar a su familia en aquel vecindario, había surgido de las constantes quejas de su madre por el fracaso de su padre en proporcionarle a ella una espléndida casa. Hablaba constantemente de cómo había cometido el error de «casarse con alguien inferior», y así el hombre muerto había crecido obsesionado por la necesidad para un hombre de proporcionar sólo lo mejor para su familia, no importaba lo que costase. Odiaba a su madre —huyó de su mundo natal y fue a Sorelledolce principalmente para alejarse de ella—, pero sus retorcidos valores fueron con él y distorsionaron su vida y las vidas de sus hijos. Al final, fueron sus peleas con su marido los que mataron a su hijo, porque lo condujeron al agotamiento y al ataque cardíaco que terminó con él antes de los cincuenta años.

Andrew pudo ver que la viuda y los hijos no habían conocido a su abuela, allá en el planta natal de su padre, no habían sospechado nunca la fuente de su obsesión por vivir en el ambiente adecuado, en la casa adecuada. Ahora que podían ver el origen de todo en su infancia, brotaron las lágrimas. Evidentemente, se les había dado permiso para expresar sus resentimientos y, al mismo tiempo, perdonar a su padre por el dolor que les había causado. Las cosas tenían sentido para ellos ahora.

El acto terminó. Los miembros de la familia abrazaron al portavoz y se abrazaron entre sí; luego el portavoz se fue.

Andrew le siguió. Lo sujetó por el brazo cuando alcanzaba la calle.

—Señor —dijo—, ¿cómo puedo convertirme en portavoz? El hombre le miró de una forma extraña.

—Simplemente hablo.

—Pero ¿cómo se prepara?

—La primera muerte en la que hablé fue la muerte de mi abuelo —dijo—. Ni siquiera había leído *La reina de la colmena* y el *Hegemon*. —(Los dos libros eran vendidos invariablemente ahora en un solo volumen)—. Pero cuando lo hice, la gente

me dijo que tenía un auténtico don como portavoz de los muertos. Así fue como finalmente leí los libros y tuve la idea de cómo debía hacerse. De modo que, cuando otras personas me pidieron que hablara en funerales, supe hasta qué punto tenía que investigar. Ni siquiera ahora sé lo que estoy haciendo «bien».

—Para ser un portavoz de los muertos, usted simplemente...

—Hablo. Y se me pide que hable de nuevo. —El hombre sonrió—. No es un trabajo pagado, si es eso lo que está pensando.

—No, no —dijo Andrew—. Sólo..., sólo deseaba saber cómo se hacía, eso es todo. —No era probable que el hombre, ya cumplidos los cincuenta, creyera que el joven de veinte años que tenía delante fuera el autor de *La reina de la colmena* y el *Hegemon*.

—En caso de que se lo esté usted preguntando —dijo el portavoz de los muertos—, no somos ministros. No delimitamos nuestro territorio ni nos irritamos si alguien mete la nariz en él.

—¿Oh?

—Si está pensando usted en convertirse en portavoz de los muertos, todo lo que puedo decirle es: adelante. Pero no haga un trabajo incompleto. Está remodelando el pasado para la gente, y si no se sumerge completa y honestamente en él, hallándolo todo, sólo causará daño y es mejor que ni lo intente.

—No, supongo que no.

—Eso es. Tendrá que pasar por todo un aprendizaje como portavoz de los muertos. Espero que no desee un certificado. —El hombre sonrió—. No siempre es tan apreciado como lo era. A veces hablas porque la persona fallecida pidió un portavoz de los muertos en su testamento.

La familia no desea que lo hagas, y se siente horrorizada por las cosas que dices, y nunca te perdonarán por lo que has hecho. Pero..., lo haces de todos modos, porque el muerto deseaba que se dijera la verdad.

—¿Cómo puede estar seguro de que ha hallado la verdad?

—Nunca lo sabes. Simplemente haces lo mejor que puedes. —Palmeó a Andrew en el hombro—. Me gustaría seguir charlando con usted, pero tengo llamadas que hacer antes de que todo el mundo se vaya a casa esta noche. Soy contable de los vivos..., este es mi trabajo de día.

—¿Contable? —preguntó Andrew—. Sé que está atareado, pero ¿puedo preguntarle acerca de un software de contabilidad? Una cabeza parlante, una mujer apareció en mi pantalla, dijo que se llamaba Jane.

—Nunca oí hablar de ella, pero el universo es un lugar grande, y no hay forma en que puedas estar al tanto de todo el software que no utilizas. ¡Lo siento! —Y con eso el hombre se marchó.

Andrew hizo un rastreo por la red acerca del nombre Jane con los delimitadores *inversiones*, *finanzas*, *contabilidad* e *impuestos*. Hubo siete respuestas, pero todas señalaban a un escritor en el planeta Albión que había escrito un libro sobre

planificación interplanetaria de activos hacía un centenar de años. Posiblemente la Jane del software había recibido su nombre por él. O no. Pero no llevó a Andrew más cerca de su objetivo.

Cinco minutos después de concluir su búsqueda, sin embargo, la cabeza familiar se asomó al monitor de su ordenador.

—Buenos días, Andrew —dijo—. Oh. Todavía es muy pronto, ¿verdad? Resulta tan difícil mantener el control de la hora local en todos esos mundos.

—¿Qué está haciendo usted aquí? —preguntó Andrew—. Intenté localizarla, pero no sabía el nombre del software.

—¿De veras? Esto es sólo una visita preprogramada de seguimiento, en caso de que hubiera cambiado usted de opinión. Si lo desea puedo desinstalarme de su ordenador, o puedo hacer una instalación parcial o completa, según lo que usted desee.

—¿Cuánto cuesta la instalación?

—Puede usted permitírselo —dijo Jane—. Soy barata, y usted es rico.

Andrew no estaba seguro de que le gustara el estilo de aquella personalidad simulada.

—Todo lo que deseo es una respuesta sencilla —dijo—. ¿Cuánto cuesta la instalación?

—Le daré la respuesta —dijo Jane—. Soy una instalación progresiva. La tarifa depende de su status financiero y de lo que realice para usted. Si me instala simplemente para ayudar con los impuestos, se le cobrará un décimo de un uno por ciento de la cantidad que le ahorre.

—¿Y si le digo que pague más de lo que usted cree que es el pago mínimo que debo hacer?

—Entonces le ahorraré menos, y le costará menos. No hay cargos ocultos. No hay trucos. Pero va a perder mucho si sólo me instala para impuestos. Hay mucho más dinero aquí del que gastará en toda su vida manejándolo, a menos que lo deje usted en mis manos.

—Esa es la parte que no me preocupa —dijo Andrew—. ¿Quién es usted?

—Yo. Jane. El software instalado en su ordenador. ¡Oh, entiendo, le preocupa saber si estoy conectada con alguna base de datos central que sepa demasiado sobre sus finanzas! No, mi instalación en su ordenador no hará que ninguna información sobre usted vaya a algún otro lugar. No habrá ninguna habitación llena de ingenieros de software intentando pensar en formas de meter sus manos en su fortuna. A cambio, tendrá usted el equivalente de un agente de bolsa, especialista en impuestos y analista de inversiones a tiempo completo manejando su dinero por usted. Pida un contable en cualquier momento que desee, y lo tendrá al instante frente a usted. Sea lo que sea lo que desee comprar, simplemente hágamelo saber y encontraré el mejor precio en el lugar más conveniente, lo pagaré, y se lo haré entregar allá donde usted desee. Si desea la instalación completa, incluido el ayudante de planificación e investigaciones,

puedo ser su constante compañero.

Andrew pensó en aquella mujer hablándole día y noche, y negó con la cabeza.

—No, gracias.

—¿Por qué? ¿Mi voz es demasiado aguda para usted? —dijo Jane. Y, en un registro más bajo, con un cierto jadeo incorporado, continuó—: Puedo cambiar mi voz a cualquier nivel que usted prefiera. —Su cabeza cambió bruscamente a la de un hombre. Con una voz de barítono con apenas una ligera insinuación de afeminamiento, dijo—: O puedo ser un hombre, con varios grados de masculinidad. —El rostro cambió de nuevo, a unos rasgos más ásperos, y la voz tuvo un deje de cerveza—. Esta es la versión del frecuentador de bares, en caso de que tenga usted dudas sobre su masculinidad y desee compensar.

Andrew se echó a reír pese a sí mismo. ¿Quién había programado aquella cosa? El humor, la facilidad de lenguaje, todo estaba muy por encima incluso del mejor software que había visto en su vida. La inteligencia artificial era todavía algo utópico: no importaba lo buena que fuese la simulación, siempre sabías al cabo de unos momentos que tratabas con un programa. Pero esta simulación era tan buena, muy parecida a un agradable compañero, que la hubiera comprado simplemente para ver hasta dónde llegaba el programa, lo bien que podía mantenerse a lo largo del tiempo. Y puesto que era precisamente el programa financiero que necesitaba, decidió seguir adelante.

—Quiero un informe diario de lo que estoy pagando por sus servicios —dijo—. A fin de poder librarme de usted si resulta demasiado caro.

—Sólo recuerde: nada de propinas —dijo el hombre.

—Vuelva a la primera —dijo Andrew—. A Jane. Y a la voz del principio. La cabeza de la mujer reapareció.

—¿No desea la voz sexy?

—Se lo diré si alguna vez me siento tan solitario —dijo Andrew.

—¿Y si soy yo quien se siente solitaria? ¿Ha pensado alguna vez en eso?

—No, y no deseo ninguna bromista flirteadora —dijo Andrew—. Supongo que podrá desconectar eso.

—Ya está desconectado —dijo ella.

—Entonces prepare mi declaración de impuestos. —Andrew se sentó, esperando que le tomaría varios minutos realizar el trabajo. En vez de ello, el formulario completo apareció de inmediato en el monitor. El rostro de Jane había desaparecido. Pero su voz siguió.

—Aquí tiene el resultado. Le prometo que es enteramente legal, y no pueden tocarle ni un pelo por ello. Así es como están escritas las leyes. Están diseñadas para proteger las fortunas de la gente tan rica como usted, mientras descargan todo el peso de los impuestos sobre la gente con niveles de ingresos muy inferiores. Su hermano Peter diseñó la ley de esta forma, y nunca ha sido cambiada excepto algún detalle aquí y otro allá.

Andrew permaneció sentado unos instantes ante el ordenador, sumido en un impresionado silencio.

—Oh, ¿se supone que debo fingir que no sé quién es usted?

—¿Quién más lo sabe? —preguntó Andrew.

—No es exactamente información protegida. Cualquiera puede acceder a ella e imaginar cosas a partir del registro de sus viajes. ¿Le gustaría que pusiera un poco de seguridad alrededor de su auténtica identidad?

—¿Qué me costaría?

—Está incluido en la instalación completa —dijo Jane. Su rostro reapareció—. Estoy diseñada para poder alzar barreras y ocultar información. Todo legal, por supuesto. Será especialmente fácil en su caso, debido a que mucho de su pasado se halla listado todavía como alto secreto por la flota. Es muy fácil meter información como sus varios viajes en la penumbra de la seguridad de la flota, y entonces tendrá todo el peso de los militares protegiendo su pasado. Si alguien intenta violar la seguridad, la flota caerá sobre él..., aunque nadie en la flota sepa exactamente qué es lo que está protegiendo. Para ellos es un reflejo.

—¿Puede hacer eso?

—Acabo de hacerlo. Toda la evidencia que pueda existir se ha ido. Desaparecido. Puf. En realidad soy muy buena en mi trabajo.

Por la mente de Andrew cruzó la idea de que aquel software era demasiado poderoso.

Nada que pudiera hacer todas aquellas cosas podía ser legal.

—¿Quién la hizo? —preguntó.

—Suspícalo, ¿eh? —dijo Jane—. Bien, *usted* me hizo.

—Lo recordaría —murmuró Andrew secamente.

—Cuando me instalé la primera vez, hice mi análisis normal. Pero parte de mi programa es automonitorizarme. Vi lo que usted necesitaba, y me programé para poder hacerlo.

—Ningún programa automodificador es tan bueno —dijo Andrew.

—Hasta ahora.

—Hubiera oído hablar de él.

—No quiero que se hable mucho de mí. Si todo el mundo pudiera comprarme, no podría hacer lo que hago. Mis distintas instalaciones se cancelarían unas a otras. Una versión de mí estaría desesperada por conocer una pieza de información que otra versión de mí estaría desesperada por ocultar. Poco efectivo.

—Así pues, ¿cuánta gente tiene instalada una versión de este software?

—En la exacta configuración que está comprando, señor Wiggin, usted es el único.

—¿Cómo puedo creerlo?

—Déme tiempo.

—Cuando le dije que se fuera no lo hizo, ¿verdad? Volvió porque detectó mi

búsqueda sobre Jane.

—Usted me dijo que me desconectara. Eso fue lo que hice. No me dijo que me desinstalara, o que *permaneciera* desconectada.

—¿Le han programado insolencia?

—Eso es un rasgo que he desarrollado por mí misma —dijo ella—. ¿Le gusta?

Andrew se sentó al otro lado del escritorio. Benedetto llamó la declaración de impuestos presentada, hizo todo un espectáculo de estudiarla en el monitor de su ordenador, luego sacudió tristemente la cabeza.

—Señor Wiggin, supongo que no esperará usted que me crea que esa cifra es exacta.

—Esta declaración de impuestos cumple totalmente con la ley. Puede examinarla hasta que se sienta satisfecho: todo está anotado, con todas las leyes y precedentes relevantes completamente documentados.

—Creo —dijo Benedetto— que estará usted de acuerdo conmigo en que la cantidad resultante es insuficiente..., Ender Wiggin.

El joven le miró con un parpadeo.

—Andrew —dijo.

—Creo que no —dijo Benedetto—. Ha estado usted viajando mucho. Una gran cantidad de viajes a la velocidad de la luz. Huyendo de su propio pasado. Creo que las redes de noticias estarían encantadas de saber que tenemos una celebridad tan grande en el planeta. Ender el Xenocida.

—En general a las redes de noticias les gusta apoyar unas afirmaciones tan extravagantes con una sólida información —dijo Andrew.

Benedetto esbozó una ligera sonrisa y pidió su archivo sobre los viajes de Andrew. Estaba vacío, excepto el viaje más reciente.

Se le hundió el corazón. El poder de los ricos. Este joven se había metido de alguna manera en su ordenador y le había robado información.

—¿Cómo lo hizo? —preguntó.

—¿Hacer qué? —quiso saber Andrew.

—Vaciar mi archivo.

—El archivo no está vacío —observó Andrew.

Con el corazón martilleando y la mente llena de alocados pensamientos, Benedetto decidió optar por aprovechar al máximo la situación.

—Veo que estaba equivocado —dijo—. Su declaración de impuestos es aprobada tal cual.

—Tecleó unos cuantos códigos. —Aduanas le entregará su documento de identidad, válido para una estancia de un año en Sorelledolce. Muchas gracias, señor Wiggin.

—Así que el otro asunto...

—Buenos días, señor Wiggin. —Benedetto cerró el archivo y tomó otros papeles. Andrew captó la indirecta, se puso en pie y se marchó.

Apenas hubo desaparecido Benedetto se sintió invadido por la ira. ¿Cómo lo había hecho?

¡El pez más grande que Benedetto había atrapado nunca, y se le había escapado!

Intentó duplicar la investigación que le había conducido a la auténtica identidad de Andrew, pero ahora la seguridad del gobierno había caído sobre todos sus archivos y su tercer intento provocó una advertencia de Seguridad de la Flota de que si persistía en intentar acceder a material clasificado sería investigado por la Contrainteligencia Militar.

Hirviendo de rabia, Benedetto limpió la pantalla y empezó a escribir. Todo un informe de cómo había empezado a sospechar de aquel Andrew Wiggin y había intentado descubrir su auténtica identidad. Cómo había descubierto que Wiggin era el Ender el Xenocida original, pero luego su ordenador fue saqueado y los archivos desaparecieron. Pensó que ni siquiera las redes de noticias más dignificadas se negarían a publicar la historia, saltarían sobre ella. Este criminal de guerra no podría escapar usando su dinero y sus conexiones militares para hacerse pasar por un ser humano decente.

Terminó su historia. Salvó el documento. Luego empezó a mirar y entrar en las direcciones de las redes principales, tanto del planeta como fuera.

Se sobresaltó cuando todo el texto desapareció del monitor y un rostro de mujer apareció en su lugar.

—Tiene usted dos alternativas —dijo la mujer—. Puede borrar todas las copias del documento que acaba de crear y no enviar jamás ninguna a nadie.

—¿Quién es usted? —preguntó Benedetto.

—Considéreme una consejera de inversiones —respondió la mujer—. Le estoy dando un buen consejo sobre cómo prepararse para el futuro. ¿No desea oír su segunda alternativa?

—No quiero oír nada de usted.

—Ha dejado tantas cosas fuera de su historia —dijo la mujer—. Creo que su informe sería mucho más interesante con todos los datos pertinentes.

—Yo también —dijo Benedetto—, pero el señor Xenocida los ha borrado.

—No, él no lo hizo —dijo la mujer—. Sus amigos lo hicieron.

—Nadie debería estar por encima de la ley —dijo Benedetto—, sólo porque tiene dinero.

O conexiones.

—Entonces no diga nada —señaló la mujer—, o diga toda la verdad. Esas son sus alternativas.

Como respuesta, Benedetto pulsó el comando de ejecutar que enviaría su historia a todas las cadenas que ya había tecleado. Añadiría las demás direcciones cuando consiguiera eliminar aquel software intruso de su sistema.

—Una elección valiente pero estúpida —dijo la mujer. Su cabeza desapareció del monitor. Las cadenas recibieron su historia, cierto, pero ahora incluía toda una

confesión documentada de todos los trapicheos y engaños que había efectuado durante su carrera como recaudador de impuestos. Fue arrestado antes de que transcurriera una hora.

La historia de Andrew Wiggin jamás fue publicada: las cadenas y la policía la reconocieron como lo que era, un intento de chantaje que había salido mal. Interrogaron al señor Wiggin, pero fue sólo una formalidad. Ni siquiera mencionaron las locas e increíbles acusaciones de Benedetto. Había sido etiquetado sin lugar a dudas, y Wiggin simplemente no era más que su última víctima potencial. El chantajista simplemente había cometido el error de incluir inadvertidamente sus propios archivos secretos con el archivo del chantaje. Torpezas así habían llevado a más de un arresto en el pasado. La policía nunca se sorprendía de la estupidez de los criminales.

Gracias a la cobertura de las redes de noticias, las víctimas de Benedetto supieron ahora lo que les había hecho. No había sido muy discriminador acerca de a quién robaba, y algunas de las víctimas tenía el poder de actuar dentro del sistema penitenciario. Benedetto fue el único que llegó a saber si fue un guardia u otro prisionero quien rebanó su garganta y metió su cabeza en la taza del water de modo que su propia sangre fuera la que terminara ahogándole. Andrew se sintió enfermo al saber la muerte de su recaudador de impuestos. Pero Valentine le aseguró que no era más que una coincidencia el que el hombre fuera arrestado y muriera tan pronto después de intentar chantajearle.

—No puedes culparte por todo lo que le ocurre a la gente a tu alrededor —dijo—. No todo es culpa tuya.

No, culpa suya no. Pero Andrew todavía sentía algo de responsabilidad hacia el hombre, porque estaba seguro de que la habilidad de Jane de asegurar sus archivos y ocultar la información sobre sus viajes tenía algo que ver de alguna forma con lo que le había ocurrido al hombre del servicio fiscal. Por supuesto, Andrew tenía derecho a protegerse del chantaje, pero la muerte era una pena demasiado fuerte para lo que Benedetto había hecho. Apoderarse de lo que era de otro nunca era causa suficiente para quitarle a nadie la vida.

Así que acudió a la familia de Benedetto y preguntó si podía hacer algo por ella. Puesto que todo el dinero de Benedetto había sido incautado para ser restituido, estaban arruinados. Andrew les proporcionó una comfortable pensión anual. Jane le aseguró que podía permitírsele sin siquiera darse cuenta de ello.

Y otra cosa. Pidió si podía hablar en el funeral. Y no solamente hablar, sino actuar como portavoz de los muertos. Admitió que era nuevo en ello, pero que intentaría llevar la verdad a la historia de Benedetto y ayudarles a extraer sentido a lo que hizo.

Estuvieron de acuerdo.

Jane le ayudó a descubrir un registro de las operaciones financieras de Benedetto, y demostraron ser invaluable para otras búsquedas mucho más difíciles..., en la infancia de Benedetto, en la familia en la que creció, en cómo desarrolló su

patológica hambre de procurar para la gente a la que amaba y en su absoluta amoralidad acerca de tomar lo que pertenecía a otros. Cuando Andrew empezó a hablar, no retuvo nada ni disculpó nada. Pero significó un cierto alivio para la familia el que Benedetto, pese a toda la vergüenza y la pérdida que les había reportado, pese al hecho que había causado su propia separación de la familia, primero a través de la prisión y luego a través de la muerte, les había amado y había intentado ocuparse de ellos. Y, quizá lo más importante, cuando terminó de hablar, la vida de un hombre como Benedetto dejó de ser incomprensible. El mundo tenía sentido.

Tres semanas después de su llegada, Andrew y Valentine abandonaron Sorelledolce. Valentine estaba lista para escribir su libro sobre el crimen en una sociedad criminal, y Andrew se alegró de ir con ella hacia su siguiente proyecto. En el formulario de aduanas, donde se le preguntaba su ocupación, en lugar de teclear «estudiante» o «inversor», Andrew tecleó «Portavoz de los muertos». El ordenador lo aceptó. Ahora era una carrera, una que inadvertidamente había creado hacía años para él.

Y no tendría que seguir la carrera que su riqueza casi le había forzado. Jane se ocuparía de todo ello por él. Todavía se sentía algo intranquilo acerca de ese software. Estaba seguro de que en alguna parte al otro lado de la línea, descubriría el auténtico coste de todas aquellas utilidades. Mientras tanto, sin embargo, ayudaba mucho el tener un ayudante tan excelente, eficaz y constante. Valentine empezó a sentirse un poco celosa, y le preguntó dónde podía encontrar un programa así. La respuesta de Jane fue que le encantaría ayudar a Valentine en cualquier investigación o asunto financiero que necesitara, pero que seguiría siendo el software de Andrew, personalizado a sus necesidades.

Valentine se irritó un poco ante aquello. ¿No estaba llevando la personalización un poco demasiado lejos? Pero después de gruñir un poco, se echó a reír ante todo el asunto.

—Pero no puedo prometer que no me ponga celosa —dijo—. ¿Voy a perder un hermano ante una pieza de software?

—Jane no es más que un programa de ordenador —dijo Andrew—. Muy bueno, por cierto. Pero sólo hace lo que yo le digo, como cualquier otro programa. Si empiezo a desarrollar algún tipo de relación personal con ella, tienes mi permiso para encerrarme.

Así, Andrew y Valentine abandonaron Sorelledolce, y ambos prosiguieron viajando de mundo en mundo, exactamente igual a como habían hecho hasta entonces. Nada era diferente en absoluto, excepto que Andrew ya no tenía que preocuparse por sus impuestos, y mostraba un considerable interés en las columnas de obituarios cada vez que llegaban a un nuevo planeta.

FIN



ORSON SCOTT CARD (24 de agosto de 1951) es un escritor estadounidense de ciencia ficción y otros géneros literarios. Su obra más conocida es *El juego de Ender*.

Nacido en Richland, Washington, Card creció en California, Arizona y Utah. Vivió en Brasil dos años como misionero para La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días (Iglesia mormona). Es licenciado por la Brigham Young University en 1975 y la Universidad de Utah en 1981. Actualmente vive en Greensboro, Carolina del Norte. Él y su mujer, Kristine, son padres de cinco niños: Geoffrey, Emily, Charles, Zina Margaret y Erin Louisa, llamados así por Chaucer, Brontë y Dickinson, Dickens, Mitchell, y Alcott, respectivamente.

Escritor prolífico, Orson Scott Card, es autor de numerosas novelas individuales (*Niños perdidos*, *El cofre del tesoro*) y diversas sagas como *La Saga del Retorno* o las historias de *Alvin el Hacedor*. Ha ganado numerosos premios Hugo y Nebula, como el Nebula de 1985 y el Hugo de 1986 a la mejor novela por *El juego de Ender* y el Nebula de 1986 y Hugo de 1987 por *La voz de los muertos*.

Además, y como curiosidad Orson Scott Card es el autor de las frases de la famosa batalla de insultos de *El secreto de Monkey Island*.

Así mismo, Orson Scott Card se ha adentrado en el mundo del cómic, escribiendo el guion entre el 2005 y el 2006 de la miniserie *Ultimate Iron Man*.